

ParaMiquel3

En lo único en que de verdad llegué antes que tú ha sido en nacer, unos años por delante. En todo lo demás, también en asimilar a Robinson, Tillich, Bultmann, Bonhoeffer, he ido muy por detrás. Les leí pronto, pero tardé mucho en acusar el impacto de su lectura. He sido muy tarde en todo, “hombre lento” en mis decisiones, en mis cambios. ¿Llegué a incorporarlos en mis clases de teología fundamental, antes del 70? Solo de refilón.

*Conversación en el atrio* no es una obra propiamente histórica, biográfica, testimonio fidedigno exacto de mi enseñanza teológica al final del decenio de los 60. Es una composición actual, de ajuste de cuentas con un pasado reconstruido cincuenta años después. Testimonio mejor de aquella enseñanza es el libro [La fe y el hombre de hoy](#) que recogía un ciclo de conferencias mías, titulado así por empeño del editor (Madrid: Cristiandad, 1970), cuando yo quería el título de “*Fe y existencia*”. Mi planteamiento por entonces era existencial: la fe como modo auténtico de existencia. Mis principales referentes para eso, aparte de Tillich, eran Gabriel Marcel, Martin Buber y Unamuno, al que también dediqué un ciclo de conferencias, que luego no cuajó en libro.

Mi teología existencial al filo de 1970 era incompatible con la dogmática católica, que me apliqué, por tanto, a desmontar. Capaz por entonces de escribir un libro al año, en 1971 apareció otro libro mío, [Teología: punto crítico](#) (Pamplona: Dinor), también con título bastante cursi impuesto por la editorial. Era una crítica de lo que allí denominaba “*positivismo teológico*”, de una dogmática aferrada a los “datos” bíblicos y de la tradición. Era la primera parte de un ambicioso proyecto de “crítica de la razón teológica”, dicho pretenciosamente, que tendría prolongación en [La imposible ortodoxia](#) (Estella, 1974).

No me duró mucho el entusiasmo existencialista. A comienzos de los 70 me alcanzó el impacto de Marx, Engels y otros marxistas o marxianos (Althusser, Bloch). Con el Sartre de la [Crítica de la razón dialéctica](#) abandoné lo existencial por el materialismo histórico. Con esta nueva afiliación escribí [El evangelio beligerante](#) (Estella, 1975), una teología materialista-histórica, según dicen los paratextos, en diálogo crítico con la teología de la liberación.

Por esos años *La fe y el hombre de hoy* se había agotado; y el editor me propuso una segunda edición. Obviamente no podía consentirla ahora ni siquiera con el añadido de “corregida y aumentada”. Así que me dispuse no a corregir, sino a rehacer el libro. Me resultó imposible hacerlo, rehacer. No disponía ya de alternativa teológica. Como tantos otros que por aquellos años estaban pasando de la teología a una filosofía o sociología de la religión, mantuve el interés por el hecho religioso, por el estudio del cristianismo, pero desde un punto de vista no confesional.

<http://www.curas.com.ar/Textos/SA-Proslogion.pdf>

Y en esa óptica no confesional continúo. En ella no tengo ningún interés en “salvar” ni a Dios ni al Cristo. Seguramente sigo siendo cristiano, pues es difícil dejar de serlo por completo, igual que es difícil ser ateo (de todos los dioses/valores imaginables). Me siento “*teópata*”, sufridor de la ausencia de Dios. No he llegado ni de lejos a la serenidad agnóstica y estoica de Tierno

Galván: *“ser agnóstico es no echar de menos a Dios”*. Le echo de menos, al igual que a un Cristo, cuya imagen dogmática me parece la gran estafa histórica padecida por cien generaciones de cristianos y soportada en la carne propia de nuestra catequización católica y seminarística.

La memoria de jesuitas como De Certeau y Teilhard me hace pensar que no solo es difícil dejar de ser cristiano, sino incluso dejar de ser jesuita. Y en ese pensamiento me atrevo a interpelarte personalmente: ¿es posible dejar la Compañía de Jesús?; ¿lo es cuando ese Jesús es un muñeco de paja que se deshace en cuanto se le toca con un índice crítico?

Por otro lado, pensando no solo en jesuitas expulsados, como el modernista Georges Tyrrell (1861-1909), sino en otros que no llegaron a serlo, aunque buenos méritos hicieron para ello, me viene a la mente la sentencia de Ernst Bloch: *“lo bueno de la religión es que produce herejes”*. Quizá ahí está la mayor aportación de la contrarreformista Compañía: haber producido no solo científicos, sino también herejes. Si el de Loyola levantara cabeza ...

12-7-2022